

Me siento pequeñita, frágil y sola.

Un poco como siempre pero en estos días estoy bien con eso, es un estado de aceptación como en un duelo. Pero también me siento en contradicción, sentimientos encontrados sobre cómo -como artistas o trabajadoras del arte- debemos o podemos situarnos en este presente que carece de perspectiva en la que distanciar a asimilar. Donde nos situamos como individuos desde nuestras casas y salas de hospital, a puerta cerrada.

Como muchas artistas, tengo un ansia incontrolable de expresarme. Es como una bola de energía que sale del estómago y no puedes frenar, que no decides tú cuando pasa, sino que decide ella. Y (al menos a mí) me da igual cuál sea el medio de expresión de ese cúmulo de ideas y sensaciones, si están en una disciplina u otra, o si dan frutos o no, o si son mejor o peor en comparación con las de otras artistas: el tema es que salgan y no se queden en el estómago. Es un poco una relación tóxica, una pareja con la que no puedes romper. He deseado y deseo muy a menudo parar. Hace 10 años que me dedico a esto y ha sido un paseo durísimo, de fuera hacia a dentro, pero de un aprendizaje que no paga ningún master ni terapia. Los primeros cinco años, viviendo en la calle y ocupando, reciclando comida de la basura, trabajando desde reformando casas en negro a vendiendo mis bragas usadas, sin medios, ni espacio, para desarrollar mis ideas. Pero aún así las sacaba, con mayor o menor solidez. Recuerdo que nada más llegar a Madrid en 2011 tras acabar la carrera quería hacer un video, al no tener recursos monté una cooperativa de tiempo con mi compañera de piso y un grupo de personas del audiovisual y el cine. Cada una desarrollaba su proyecto con el equipo humano y técnico de todas, y de ahí salió que **FART** e además formó parte de una exposición en CA2M - PUNK sus rastros en el Arte Contemporáneo que me abrió muchas puertas y que coincidió con el final de mi compromiso como activista. Yo, okupa, vinculada a movimientos anarquistas y anarcofeministas, me encontré dos días después de esa inauguración con que la policía había entrado en varias viviendas incluida mi anterior vivienda de la que me mudé dos días antes (también ocupada) y había detenido a amigas y compañeras bajo la acusación de terrorismo. Ese día entraron buscándome a mí y mi pareja. Esa tensión duró tres años, hasta que se desestimó el caso. Para entonces mi salud mental ya no toleraba participar de esa forma en lo que era lo más importante para mí junto con las ideas del estómago, mi aportación política al mundo. Así que esa energía se dirige a pensar en albergar un lugar de Arte en el que poder hacer cosas que por la razón que sea son difíciles de asimilar por el Sistema Arte y sea un lugar de posibilidades no de resultados finales, así que nace Storm And Drunk, el espacio que dirijo y que tiene ya 5 años y medio de vida. Un lugar para experimentar más allá de cuestiones formales o curriculares, durante todo 2018 y 2019 S.A.D se convirtió en una balsa desde la que abordar el dolor psíquico y la salud mental desde el Arte Contemporáneo. Hemos traído durante todo el año a una psicóloga, hemos realizado, charlas, publicaciones, exposiciones e intercambios internacionales, para entender qué hacer con el sentirse frágil, sola y pequeñita en el siglo XXI.

En ese *impass* continuó un viaje aún más hacia dentro, y decido también centrarme en mí como artista. Como artista pequeñita, sola y frágil que no soporta las convenciones sociales implícitas en mi profesión. Los pasamanos de inauguraciones, el oportunismo discursivo, los comentarios pasivo agresivos, la competición, la precariedad perenne. Tampoco las burlas. En estos diez años, la condescendencia y la subestimación ha sido de lo que más he recibido, pero he seguido *head high*, haciendo lo que me da la gana. En ese viaje hacia adentro decido meterme a hacer algo que nunca pensé que saliera. Revolcarme en mi pilar imaginario de infancia cuando era violinista, Mozart, y dedicarme dos años a intentar comunicarme con él vía espiritismo, escribirle cartas, hacer música a través de su música, para intentar aliviar con él la sensación de outcast, que sentía. La sensación de constante fracasada. Para mi sorpresa, gano Generación 2019 en La Casa Encendida y realizo esa instalación, **Una Pequeña Serenata Fallida**. Mis telones de Britney Mozart, mis poleas de ópera bufa, mi libro de cartas, un requiem, un video trance y mucha actividad paranormal. Y nada vuelve a ser lo mismo, no por el premio, si no por mí y Wolfi. Decidí que ya iba siendo hora de dejar el humor que uso como mecanismo de defensa y echarle valor al asunto y hablar desde mi intensidad y mis rarezas sin miedo a las burlas. Dejé de ir a inauguraciones, ni fiestas arty, ni nada que me mermara emocionalmente. Porque soy una payasa, pero también soy rarita e intensísima y terriblemente hacia adentro. He vivido cosas terribles, desde violencia física y sexual, he sido suicida, y muy

probablemente también he sido una gilipollas. Me siento pequeña, frágil y sola, pero se que tú también, y en eso, algo puedo aportar, porque de todo se sale, ya te lo digo yo. Así que me adentro más aún en mi pulsión de muerte. Y a final de 2019 paso un mes de residencia en Portugal en una casa Museo donde murió arruinado y solo un Rey que quería ser demócrata. Reconozco que me pasé ese mes llorando, cansada de no parar nunca, y sola pero en plan mal. Así que me dediqué en un mood Hill House a adentrarme en esa vivienda y grabar desde psicofonías a planos y detalles de todas y cada una de las estancias, para acabar haciendo un video ensayo He Aquí la Marcha de las Cosas - compuesto de música hecha con el ruido de una casa deshabitada, sobre la muerte de la materia y qué ocurre después, que estrené ese diciembre en la galería Formato Cómodo.

Ahora me encuentro en mi casa, sorprendentemente a gusto en mi piel, habiéndome obligado el mundo a parar como interiormente deseaba pero en unas circunstancias terribles. Como cuando haces un conjuro con un deseo, y sale, pero con unos daños colaterales desfasadísimos. Ando con exposiciones y residencias en Berlin y Viena canceladas hasta nuevo aviso. Tengo pausado hasta que acabe el confinamiento un co-comisariado a medias que realizamos Raquel G. Ibañez y yo como S.A.D en MIAC, un proyecto expositivo sin exposición: EXLIBRIS, en el que rescatamos saberes de temporalidad no lineal a través de forzar la experiencia invitando a compositores, artistas visuales, creadores de artes vivas, bibliotecarias, comisarias y alguna médium anarcofeminista del siglo XIX. Un libro con Marti Manen que estaba por lanzar a imprenta, después de posponerlo mucho porque no me daba la vida y ahora tendrá que esperar otro poco más. La producción de una obra con la que llevo la friolera de 3 años, The Vampire Manifesto, para la que al fin había conseguido una beca de producción y que expondría en una individual este año, que no se si se podrá o si cobraré el dinero de producción en 2020, 2021 o nunca. Una obra que es tan o más importante para mi como mi dueto con Mozart. En la que estoy trabajando en una novela de vampiros situada en ahora mismísimo, una serie de esculturas, música original basada en compositoras de música funeraria olvidadas y otras referencias, una película en la que todas las que participamos hemos estado muertas y hemos vuelto, para abordar mi idea de vampirismo como resistencia sistémica, desde el ser hongo y virus, al ser parias que se niegan a encajar por que no somos iguales, a la no-muerte como forma de poner en jaque los sistemas de producción. El fin del mundo. Y me preocupa no poder hacerlo pero lo acepto. Mis temores no tienen que ver con el avance de mi carrera, si no con el sentido que pueda tener lo que hacemos.

Me encantaría parar y que valoráramos como artistas y trabajadoras del arte lo que somos y hemos sido. Que reconociéramos que hasta la más privilegiada se siente sola y pequeña pero que aún así puede aportar a las demás con eso. Que no, no somos iguales. Yo no dejo de ser una blanca europea que ha podido hacer estudios universitarios y dedicarme diez años a ser artista y otras no. Pienso que sería precioso que aprovecháramos este síisma global para dejar de tratarnos mal, de competir insanamente, de comentarios, burlas y hate, dejar de lado frivolidades y oportunismos. Que pudiéramos hacer una revisión de quién hemos sido hasta ahora y quiénes podemos ser, de valorar cuál es la utilidad del arte, y qué papel jugamos ahí. El otro día salía Britney clamando una huelga general y un reparto de riquezas, y me parece guay. A mí me encantaría, que paráramos todas las artistas y productoras culturales en bloque y a lo bestia, en todos los aspectos (no promo, no directos de instagram, no nada) pero aquí estoy, contradiciéndome, escribiendo esto porque no soy Britney y el dinero que me reporte este texto ahora es vital. Me gustaría que Britney empezara por ella y repartiera su riqueza. Y que todas las artistas abandonemos, espero que de forma perenne-perenne, nuestra vacuidad y oportunismo para intentar aportar desde nuestros privilegios algo que nos ayude a todas: otra forma de entender nuestra profesión. Yo me siento pequeña, frágil y sola, y estoy bien con eso. Desde esa energía irrefrenable desde el estómago creo que puedo ayudar a otras. Porque yo estoy rotita, pero tú también.